



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11421

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 29 DE NOVIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

JUSTO CASTIGO

A duras penas avanzan en la penosa campaña de Filipinas las tropas acandilladas por el general Ollis. Ahora como el mes pasado y como al año anterior, el avance encuentra dificultades en progresión creciente que al fin y al cabo han de acabar con la paciencia de los flamícosos hijos de la América del Norte.

Han transcurrido quince meses desde que la bandera española desapareció de las murallas de Manila para dejar el puesto a la enseña del nuevo poseedor de la población mencionada, y aun pululan por las inmediaciones de la misma las fuerzas insurreccionales en pequeñas partidas que molestan día y noche a los americanos.

Se va cumpliendo lo que preveíamos; los sobrinos del tío Sam avanzan tomando posesión de los pueblos que encuentran al paso; pero no bien los abandonan, para continuar las operaciones, surge de nuevo la rebelión en el terreno que dejan tras de sí. Esta manera solo son dueños del terreno que pisan y dejan de serlo en el instante que mueven la planta.

Lo tienen merecido. La cosecha que cogió es una consecuencia de la siembra que hicieron. Ayudaron a los lagulos para que nos hicieran, en su nombre, la guerra; les dieron multitud de fusiles, numerosos cañones, millones de cartuchos y nov, llamados a engañar los rebeldes, emplean los auxilios en combatir la dominación que quiere imponerles el antiguo aliado.

Las tropas americanas fueron a Filipinas creyendo que se trataba de un viaje de placer. Hacía lo suponer así la facilidad con que deshicieron la escuadra española y la posición comprometida en que

quedaba nuestro ejército, cogi lo entre una guerra extranjera y una revolución triunfante. El vencimiento sería cuestión de pocas semanas y lo fué en realidad. El dominio... ¡ah! el dominio era cosa distinta y lo es.

Los americanos no han estado en realidad en guerra con los españoles en Manila. El simulacro naval frente a Cavite no ofrecía peligro; el peligro lo arrostraban los naturales del país haciendo el caldo gordo a los yanquis, mientras estos últimos se mostraban avaros de su sangre hasta el punto de no verter una sola gota en los tres meses y medio que duró la contienda. Solo al final pudo verse de que color era, en aquel misterioso momento en que a tan poca costa entraron en Manila.

Mas de nada les han valido sus tretas; la que entonces economizaron corre ahora a torrentes, a rios derramada con las armas que ellos mismos dieron para combatir a España.

Lo que pasa a los americanos es castigo justo de sus propias culpas. Se valieron de malas artes para que les resultara barata y sin peligro la guerra con España, y si bien lograron momentáneamente su deseo, los ha dejado aquella censurable acción una guerra despiadada y salvaje, que dura hasta el presente quince meses y que lleva trazas de prolongarse muchos más.

Y quién sabe si al fin de la jornada renegaran de haber pensado en combatir a España en Filipinas.

Cháchara cómica

Parte de la acción de Belmont, que telegrafía el general inglés Lord Methuen:

«Esta mañana he atacado a los enemigos establecidos en una fuerte posi-

ción. Han sido tomadas por asalto; sucesivamente, tres crestas.»

«Y aun se atreven algunos a decirnos que Inglaterra está en el Transvaal venida y horriblemente deshecha! Ese parte de Belmont todo lo contrario muestra, pues quien tantas crestas toma da a conocer que gallea.»

Por los trabajos del juez que instruye el proceso motivado por el robo de la calle de Carretas de la Corte, se ha conseguido averiguar, entre otros interesantes detalles, que el detenido Segundo Mingo es un pájaro de cuenta.

Hasta jugando al billar, logró el juzgado prestar un servicio manifiesto: ¿quién osaría negar que puso el mingo en su puesto?

Dos noticias de Italia:

Primera: «La comisión de generales, presidida por el príncipe de Nápoles, ha terminado su trabajo, declarando de resplazo a gran número de generales y oficiales, a causa de deficiencias observadas, durante las últimas maniobras, respecto del vigor físico ó instrucción militar de los mismos.»

Segunda: «El Sr. Pelloux negó en la Cámara que el Gobierno proyecte la concesión de un crédito de 14 millones para gastos militares.»

Me resulta un tremendo disparate, me parece una enorme aberración, que el gobierno italiano, inepto, trate de ahorrar en tales gastos ni un millón. Pues existiendo tantos militares que, débiles, no pueden resistir las fatigas, udisimas y azares que el soldado en su oficio ha de sufrir, destinar fuera justo ese dinero, no a cañones, guerrero material, sino a asados de vaca y de carnero, kola, koka y licor arsenical.

Se ha celebrado en Alemania el centésimo aniversario del nacimiento de Schaubehn, inventor del algodón explosivo.

Y con esta ocasión se relata la trágica historia de cierta cocinera, a quien un amante celoso regaló un corse guatado de algodón explosivo, que usó

sin desconfianza la víctima. Un día que se aproximó demasiado al fuego...

¡pum! Cocinera en polvo.

«Qué notitia ¡pasosaritas!, para las chicas delgadas que pretenden ¡pobreotas! ¡Póbreo desarrolladas, sumptuoso es el corse relleno y más relleno, creyendo de buena fé que se tomarán por buenos. Tengan, pues, mucho cuidado y constante precaución en todo corse encargado de mirar el algodón. Si la carne explota un día a cierta rifa que trató, con lo que lleva... ¡no habría ni cordilla para el gato!»

En la iglesia de San Nicolás de Bruselas, ha sido preso un clérigo español. Actúase al detenido de monedero falso y organizador de timos ó entierros, en combinación con otro individuo que también está preso.

No comprendo la razón por qué proponen al clérigo; un saouard e bien puede hacer y cobrar entierros.

Parece que los portugueses están levantando obras de defensa en las inmediaciones de la frontera oriental del Transvaal, a fin de impedir que los boers hagan invasiones en la colonia italiana de Mozambique.

Anden los tranvaalenses con ojo alerta; si entran en Mozambique su muerte es cierta, que ya los lusitanos tienen dispuesto, en bético, terrible marcha! apresto, cuatro bocas de Fogo, con un castillo que tiene no sé cuántos pues de ladrillo.

Si arregló la cuestión de Barcelona, se arreglará también la de Valencia; se arreglan en la Corte los tranvías; el Gobierno el arreglo a todo lleva. ¡Y con arreglos tantos, hay quien dice que es hombre muy moral este Silveira!

Paco Tiliere.

CRÓNICA MADILEÑA

La huelga de los empleados de tranvías ha terminado y los huelguistas han obtenido un completo triunfo. La disminución de las horas de trabajo, el aumento de jornal, el que las fianzas de quincea, el pago por semanas, la inmovilidad en sus puestos, a no ser motivado el despido por faltas en el servicio, todo lo consiguieron.

Mucho contribuyó a esta resultado la actitud de perfecta unión y firmeza de los huelguistas; actitud sostenida, a la verdad, con una sensatez y cordura dignas del mayor encomio; pero no pequeña parte corresponde en ello a que el pueblo de Madrid se ha puesto al lado de los protestantes empleados, organizando suscripciones, alentándoles en su empresa, y haciendo, en fin, que la prensa, el Senado, (hubo algo en la alta cámara respecto de la cuestión,) obligasen a las autoridades a amenazar a las compañías con la incautación y explotación de las líneas por cuenta del Municipio.

Respecto de esta intervención de las autoridades, mucho habría que hablar, y quizás haya quien hable cuando se lejana del conflicto refresque algo las cabezas de los exaltados, y les permita reflexionar; pero de todos modos, como la intervención en este caso ha dado lugar a que triunfe una causa perfectamente justa, no podemos menos de aplaudirla, enviando de paso la más cariñosa enhorabuena a los honrados obreros que de hecho conquistaron lo que de derecho les pertenecía.

La victoria de los humildes siempre es de celebrar.

Tendremos que ser vegetalianos, a la fuerza. El precio del pan continúa a un tipo injustificado y exorbitante, y por si eso era poco, ahora resulta que la carne también ha de subir de precio, por no se sabe qué carencias y faltas de ganado. De donde se viene a deducir, juntamente con cosas más penagrinas que pase en silencio, que Madrid es la población más cara del mundo.

Sospechando quizá esta elevación de precios, acordaron, cumpliendo con las clásicas tradiciones, nuestros majos y

—Ya lo creo.

—Y que me parece que Simon no tiene nada con ella.

—Si, pero ándate tú con cuidado, no disgustemos a Simon si sospecha algo.

—¡Bah, Antolin! pues no parece sino que no me conoces tú.

—Si, pero te advierto, porque estamos en unos negocios de tal trascendencia, que los puede echar a perder cualquiera torpeza.

—Y que negocio puede echar a perder que sea importante, el que un soldado y yo nos demos de fatigazos por una mujer?

—Malegarde, todas las intrigas tienen lutos, y a veces, al romperse el hilo que se tenía por mas débil se lleva a toda la intriga el diablo.

—¡Casta! ¡Con que hay grande intriga entre manos!

—¡Pues y ya lo creo! Figúrate que me he propuesto casar al rey nuestro señor con la princesa de Isabel Farnesio, solamente por hacerle rabiar a la princesa de los Ursinos; vamos, no puedo perdonarle la parte que tuvo en la desastrosa muerte de nuestro pobre amo Mr. de la Chauviere; pero vamos, Malegarde, que ya no habrá en la posada de Manzanas ni recuerdo de Simon.

Salieron, llegaron a la posada, ensillaron los caballos, montaron, partieron al galope, y diez minutos después llamaban al portalon de la cerca de la quinta del marqués de Fuentes.

VII

Pommeferre se presentó a doña Esperanza.

—Y bien, ¿que has averiguado? le dijo esta.

Pommeferre le contó todo lo que le había sucedido la noche anterior, pero suprimió las relaciones de su entrevista con Petra Pica.

—Es necesario que compres una guitarra, Pommeferre, dijo doña Esperanza.

—Es verdad; para hacer seña al paje del abate Alboroni.

—Eso es: esta noche antes de las diez vienes a pedirme una carta que yo te daré para esa señora.

Pommeferre salió, montó a caballo, volvió a Madrid, compró en la calle de Toledo una guitarra, y se volvió con ella a la quinta.

le aceptase, tal vez se pondría de parte de ella, procuraría engañarnos, y tendríamos un enemigo mas a quien combatir.

—Y si no sentisteis mas que un amago cuando supisteis lo del abate de Estrés, ¿como es que os ha sobrevenido seriamente el dolor de muelas?

—¡Ah! el rey me llamó, y después de hablarme del tiempo, lo que es muy mala seña, porque cuando el rey habla del tiempo, es porque tiene algo grave que decir y no se atrevé, me preguntó:

—¿Crees, padre Robinet, vos que conocéis mi conciencia, que estoy perfectamente en paz con ella?

—Yo creo, señor, que vuestra majestad obra cuando bien puede, le respondí.

—Bien, bien, me dijo; pero no creéis que yo pudiera obrar mejor?

—Vuestra majestad, señor, como cristiano, no es uno de aquellos pecadores que pueden inquietarse por la salvación de su alma, le contesté.

—Pero bien, decime, señor abate: vos que conocéis mi conciencia, ¿no creéis que tenga yo alguna deuda que pagar?

—Si vuestra majestad, dije, procurando escapar-me, tiene alguna deuda con Dios ó para con los hombres, estoy seguro de que la pagará.